

## Uno

La región de los Cotswold, antigua y pintoresca, plagada de fantasmas y leyendas, es hoy en día una parada frecuente en las rutas turísticas. Tras haber «pateado» Oxford, es una lástima no recorrer unos treinta kilómetros más para ver algunos pueblos históricos con nombres estrafalarios: Stow-on-the-Wold, Chipping Norton, Minster Lovell, Burford. Los pueblecitos han tenido una encantadora respuesta a toda esa atención. Burford, de hecho, se ha convertido en una especie de Stratford-on-Avon en pequeño, con sus antiquísimas posadas cuidadosamente reformadas para conjugar las comodidades modernas con cierto aire Tudor. Hasta tienen Coca-Cola, aunque es posible que te la sirvan del tiempo, y las tiendecitas están llenas de recuerdos del Burford histórico con la discreta leyenda «Hecho en Japón».

Por alguna razón, Swinbrook, a solo cinco kilómetros de distancia, parece haberse librado del turismo y ha permanecido como en mis recuerdos de hace más de treinta años. En el escaparate de la diminuta oficina de correos aún se exhiben las mismas cuatro clases de golosinas —*toffees*, caramelos ácidos, Edinburgh Rocks y dulces de azúcar con mantequilla— en los mismos frascos grandes de vidrio tallado. Al fondo, donde llevan colgados dos generaciones, hay unos alegres grabados de

dos bellezas victorianas que contrastan entre sí: una es una joven y delicada dama con el cabello dorado y luminosos ojos azules, con los hombros suaves y blancos envueltos en alguna clase de prenda prerrafaelita; la otra, una doncella gitana de pícara belleza con el cabello increíblemente negro y espeso cayéndole en grandes rizos. De pequeña, siempre pensaba que tenían un parecido asombroso con Diana y Nancy, mis hermanas mayores. Junto a ellas, los rostros del rey Jorge V y la reina María, rosáceos y blancos y muy poco naturales, todavía contemplan el mundo con expresión benigna.

Solo hay dos edificios públicos más, una escuela de una sola aula y la iglesia. En torno a ellos, diez o doce casitas de piedra gris se arrebujan como ovejas de Cotswold, silenciosas e impecederas. Dentro de la iglesia, los bancos de roble pulido —una contribución que hizo mi padre tras la primera guerra mundial con lo obtenido de una apuesta ganadora en el Grand National— todavía se ven un poquito modernos en comparación con el medieval despliegue de losas, contrafuertes, columnas y arcos. El escudo de armas de los Redesdale, con su lema insulso aunque seguro de sí, «Dios vela por nosotros», que pende sobre los bancos de la familia, sigue pareciendo demasiado lustroso y contemporáneo al lado de los monumentos de desmigajada piedra gris en honor a una familia anterior de Swinbrook, cuyas estatuas llevan ahí, rígidas y frías, cuatrocientos años.

A tres kilómetros colina arriba desde el pueblo de Swinbrook se alza una gran estructura rectangular y gris de tres plantas. Su estilo no es «moderno» ni «tradicional» ni imita una anti-güedad; más bien luce el aspecto utilitario de la arquitectura francamente institucional. Podría tratarse de unos barracones militares, un internado para niñas, un manicomio privado o, en América, un club de campo. Durante su breve historia se ha insinuado más de una vez que el edificio pudiera tener en efecto todas esas funciones. Se trata en realidad de Swinbrook House, construida por mi padre para satisfacer las necesidades, según

se consideraba entonces, de una familia con siete retoños. Nos mudamos allí en 1926, cuando yo tenía nueve años.

En muchos aspectos, Swinbrook era como una fortaleza o una ciudadela de tiempos medievales. Desde el punto de vista de los internos, era un lugar independiente en el sentido de que no era necesario, ni posible en general, salir del recinto para llevar a cabo cualquiera de los cometidos humanos corrientes. Un aula con una institutriz para educarnos, unas caballerizas y una pista de tenis para hacer ejercicio, siete hermanos para hacernos mutua compañía, la iglesia del pueblo para proporcionarnos consuelo espiritual, nuestros dormitorios como salas de hospital incluso cuando hacía falta operar; todo eso lo teníamos a nuestro alcance, ya fuera en la casa en sí o a corta distancia de ella. Desde el punto de vista de los forasteros, entrar en ese mundo, incluso en el improbable caso de que desearan hacerlo, era totalmente imposible. Según mi padre, los forasteros no incluían solo a alemanes, franchutes, yanquis, negros y el resto de extranjeros, sino también a los hijos de los demás, a la mayoría de conocidos de mis hermanas mayores, a casi todos los hombres jóvenes; de hecho, a la ingente población sobre la faz de la Tierra, con la excepción de algunos parientes, aunque no de todos, y de unos cuantos rubicundos vecinos vestidos de *tweed* que por alguna razón le habían caído en gracia a mi padre.

En cierto aspecto, no era un hombre con «prejuicios» en el sentido moderno de la palabra. Desde los años treinta, el término ha venido a designar un odio acérrimo y apasionado hacia una raza o credo determinados: negros, orientales o judíos; la palabra «discriminación» incluso ha llegado a ser prácticamente sinónimo de prejuicio. Mi padre no «discriminaba»; de hecho, en general no hacía distinciones entre las distintas clases de forasteros. Cuando una prima nuestra se casó con un argentino de puro linaje español, comentó: «He oído decir que Robin se ha casado con un negro».

Nancy, Pam y Diana, las tres hijas mayores, libraban un ince-

sante tira y afloja con Papu para que les permitiera recibir a sus amigos en la casa. Como a mi madre le gustaban bastante las visitas, muchas veces se convertía en su aliada, y esas batallas se ganaban con frecuencia. Los amigos de mi hermano Tom —unos jovencitos rubios y corpulentos a quienes Nancy llamaba «los Blondos Orondos»— eran una excepción; a ellos siempre se les permitía la entrada.

En el caso de las tres hermanas pequeñas, Unity, Debo y yo, se consideraba que nuestra mutua compañía era más que suficiente. Con la excepción de las raras ocasiones en que nos visitaban primos, las tres nos criamos en un aislamiento absoluto con respecto a nuestros contemporáneos. A mi madre, la compañía de otros niños le parecía innecesaria y demasiado estimulante. Aun así, hubo un tiempo en que nos llevaron a alguna que otra fiesta de cumpleaños o a buscar huevos de Pascua escondidos en las casas de familias vecinas.

Incluso esa vida social tan limitada se detuvo bruscamente, sin que volviera a reanudarse, cuando yo tenía nueve años, y yo fui la responsable, sin saberlo, de su cese. Me habían apuntado a unas clases de baile semanales que se impartían de forma rotatoria en varias casas del vecindario. Las niñas, con vestidos de organdí y chales de cachemira, acompañadas por almidonadas niñas, acudíamos en coche con chófer al lugar señalado, donde esperábamos a la profesora, que venía de Oxford en autobús. Una fatídica tarde la profesora se retrasó una hora, y aproveché la oportunidad para llevar a las demás niñas a la azotea, donde las hice partícipes de cierta encantadora información que acababa de llegarme y que tenía que ver con la concepción y el nacimiento de los críos.

—¡Y hasta el rey y la reina lo hacen! —añadí como golpe de efecto.

El relato fue todo un éxito, en especial porque no pude evitar inventarme un par de cosas para adornarlo aquí y allá. Me rogaron que les contara más cosas y juraron solemnemente sobre

la Biblia que no repetirían ni una sola palabra delante de nadie. Unas semanas después, mi madre mandó llamarme. Tenía cara de pocos amigos; con solo mirarla, comprendí qué debía de haber pasado. En la horrible bronca que siguió, me enteré de que una de las niñas se había despertado noche tras noche chillando por culpa de las pesadillas. Cada vez estaba más paliducha y flaca y parecía al borde de una crisis nerviosa. Finalmente, tras sonsacarle la verdad, la institutriz había descubierto lo de aquella horrorosa sesión en la azotea. (Por suerte para mí, no reveló que había metido al rey y la reina en el asunto.) Siguió un rápido y merecido castigo. Se puso fin al instante a mi participación en las clases de baile; todos vieron con claridad, hasta yo misma, que después de una cosa así no se me podía considerar una compañía conveniente para críos bien educados. La enormidad de aquel acto tan imprudente, el alcance y la duración de su impacto fueron tales que años después, a los diecisiete, cuando debutaba en sociedad, me enteré por un primo mayor que yo de que a dos jóvenes de la zona todavía les tenían prohibido cualquier clase de contacto conmigo.

Unity, Debo y yo teníamos que apañárnoslas más o menos como podíamos. Al igual que una tribu perdida y separada de sus congéneres desarrolla gradualmente características distintivas en cuanto al lenguaje, la conducta y la actitud, nosotras llegamos a tener ciertas manías y rarezas que sin duda nos habrían vuelto un poco excéntricas a los ojos de otros niños de nuestra edad. Incluso para la Inglaterra de aquellos lejanos tiempos de mediados de los años veinte, la nuestra no fue lo que se dice una educación convencional. Nuestros logros, aficiones y diversiones asumían formas claramente fuera de lo corriente. Y así, a una edad en la que otras niñas ocuparían el tiempo en muñecas, deportes en grupo y clases de piano o ballet, Debo pasaba muchas silenciosas horas en el gallinero aprendiendo a imitar con exactitud la expresión de dolorosa concentración en la cara de una gallina cuando pone un huevo, y cada mañana comproba-

ba y anotaba metódicamente en un cuaderno los niños nacidos muertos que recogían las columnas de estadísticas demográficas del *Times*. Yo me divertía con sesiones cotidianas de Práctica de Temblores con mi padre, que consistían en moverle suavemente la mano mientras se tomaba el té:

—Dentro de unos años, cuando seas viejo de verdad, es muy probable que tengas temblores. Tengo que practicar contigo antes de que llegues a sufrirlos para que no se te estén cayendo las cosas todo el santo día.

Unity y yo nos inventamos un idioma entero, que llamamos *Gorgojorito*, ininteligible para cualquiera excepto nosotras mismas, al que traducimos varias canciones cochinas (para cantarlas sin peligro delante de los adultos) y trozos larguísimos de *El libro de Oxford del verso inglés*. Debo y yo creamos la sociedad secreta de los Ísimos, de la que las dos éramos mandatarias y únicos miembros. Las reuniones se celebraban en la lengua oficial de la sociedad, que consistía en una mezcla del acento del norte de Inglaterra con el de los yanquis. Contrariamente a lo que ha afirmado recientemente un historiador, el apelativo de Ísimos\* no derivaba del hecho de que Debo y yo fuéramos personajes ilustrísimos, sino de las gallinas. Sí, de las gallinas y su *importantísimo* papel en nuestras vidas. De hecho, las gallinas eran la fuente principal de nuestra economía personal. Las teníamos a docenas, y mi madre nos proporcionaba con qué alimentarlas y después nos compraba los huevos, en una suerte de benevolente variación del contrato de aparcería.

La actividad primordial de los Ísimos consistía en ser más listos que los abominables Anti-Ísimos, de los que Tom era el principal representante, y planear su derrota. «¡Muerte a los abominables Anti-Ísimos!» era nuestro grito de guerra cuando

\* El término en inglés es *Hons*, forma abreviada y plural de *The Honourable*, determinación a la que tenían derecho las hermanas Mitford por ser hijas de un par del reino. El título en inglés del libro es *Hons and Rebels*. (N. de la T.)

lo perseguíamos por toda la casa con lanzas apañadas. Nos inventamos un juego Ísimo que bautizamos como «Vicio, Picio, Vicio, Inicio» (de un dolor insoportable). Consistía en un concurso para ver quién soportaba mejor un pellizco de los gordos. El juego era una variante refinada de un deporte anterior al que llamábamos «mortificar despacio». Mortificar despacio consistía en cogerle la mano discretamente a uno de los mayores, que solía ser Tom, cuando estaba leyendo. Con muchísimo cuidado al principio, e infinita paciencia, tenías que rascar con la uña en un punto determinado. El objetivo era sacar sangre antes de que la víctima advirtiera qué pasaba. «Vicio, Picio, Vicio», por otro lado, requería la participación activa de dos jugadores: el primer jugador pellizcaba el brazo del segundo e iba incrementando la presión mientras canturreaba «Vicio, Picio, Vicio, Inicio» cuatro veces, y el jugador capaz de soportar en silencio las cuatro series era el ganador. Nos parecía un juego maravilloso, y andábamos pidiéndole siempre a Tom, quien estudiaba Derecho, que averiguara si había posibilidad de registrarlo para explotarlo comercialmente; así habría que pagar derechos de autor al Tesoro de los Ísimos cada vez que se jugase.

Tom, único hermano varón, ocupaba un sitio bastante especial en la vida de la familia. Lo llamábamos Tudemio, en parte porque así se decía Tom en nuestro idioma secreto y en parte porque pensábamos que rimaba con adulterio. «¡Un solo chico y seis hermanas! —decía la gente—. Cuánto debéis de quererlo, qué mimado tiene que estar.» «¿Quererlo? Querrás decir odiarlo», era la respuesta ísima habitual. En una ocasión en la que un empleado del censo le preguntó a Debo de cuántos miembros se componía la familia, ella contestó con malos modos: «Tres gigantes, tres enanas y un bruto». Los gigantes eran Nancy, Diana y Unity, todas excepcionalmente altas; las enanas, Pam, Debo y yo; el bruto, el pobre Tudemio. Mi madre conserva hoy en día una insignia de cartón donde, en esmerada caligrafía, se lee: «Liga contra Tom. Cabecilla: Nancy».

En realidad, la campaña anti-Tudemio, que se prolongó encarnizadamente durante toda nuestra infancia, no era más que la curiosa expresión refleja e ísima de la devoción que sentíamos por él. Durante años, fue el único miembro de la familia que «se hablaba» con todos los demás.

Pese a frecuentes alianzas de breve duración con motivo de nuestro idioma secreto o de objetivos Ísimos o con el propósito de derrotar a un enemigo común —casi siempre una institutriz—, Unity, Debo y yo manteníamos relaciones complicadas y teñidas de mutuo resentimiento. Éramos como animales mal avenidos compartiendo el mismo amarradero.

De manera ocasional, Unity y yo practicábamos juntas el deporte prohibido de «incordiar a Debo». Había que hacerlo bien lejos de papá, pues Debo era su favorita, y hacerla llorar podía tener consecuencias terribles. Era una niña extraordinariamente sensible y costaba muy poco que los enormes ojos azules se le llenaran de lágrimas; en los círculos familiares, a eso se le llamaba «tender el moco».

Unity se inventó una trágica historia sobre un perrito pequinés. «Sonó el teléfono —empezaba—. El abuelo se levantó de la butaca y fue a contestar. “¡Lill está enferma!”, exclamó...» Lill estaba en su lecho de muerte, víctima de la tuberculosis. Su última petición fue que el abuelo cuidara de su pobrecito pequinés. Sin embargo, con el ajetreo del funeral todos se olvidaron del perrito. Lo encontraron varios días después junto a la tumba de su ama; había muerto de inanición y de pena.

Esta historia nunca dejaba de provocarle a Debo verdaderos espasmos de dolor, no importaba cuántas veces la oyera. Como es natural, nos imponían severos castigos por contársela. Nos confiscaban varias mensualidades de nuestra paga, y muy a menudo también nos mandaban a la cama. Un caso más dudoso y arriesgado era que nos limitáramos a decir, con tono transido de tragedia: «Sonó el teléfono»; bastaba con eso para que Debo berreara como si le hubiésemos contado la historia hasta su amargo final.

Desde luego eran pasatiempos bien raros, y no era de extrañar que la cantinela de mi madre fuera: «Pero qué tontas sois, hijas mías».

Mamá se ocupaba personalmente de organizar y supervisar nuestra educación. Nos daba clase ella misma hasta que cumplíamos ocho o nueve años, y después pasábamos al aula, presidida por una rápida sucesión de institutrices. Por aquellos tiempos, en algún lugar los educadores del mundo entero andarían debatiendo las teorías de John Dewey en contraposición con las de los tradicionalistas; en algún lugar, las conferencias sobre la nueva «psicología infantil» congregarían a millares de asistentes. En algún lugar arreciaría la lucha por una educación igualitaria para las mujeres como parte de la ofensiva del siglo XX por la igualdad de derechos, pero a Swinbrook nunca llegó ni el más leve eco de la polémica. A Tom, cómo no, lo habían mandado al colegio a los ocho años, y de allí a Eton; pero a mi madre le daba la sensación de que, para las niñas, el colegio era innecesario, probablemente dañino, y desde luego demasiado caro. Se enorgullecía de su capacidad de costear nuestra educación con las ganancias de la granja avícola, que, una vez cubiertos los gastos, incluido el salario del avicultor, un tal Lay, ascendían a unas ciento veinte libras al año, más o menos el sueldo anual de una institutriz en aquellos tiempos.

Recuerdo con mayor claridad las clases con Mamu en el salón que cualquier cosa que me enseñaran más tarde las institutrices. (Es posible que el apelativo de Mamu, por escrito, evoque la imagen de una mamá menuda, delicada y cariñosa, rodeada de críos a los que llama «mis retoños». De igual manera, el nombre de Papu puede hacer pensar en un papaíto de lo más cercano. No es mi caso. En mis recuerdos más lejanos, Mamu y Papu eran altos como el cielo e imponentes como el Marble Arch y, no sabría decir por qué, más poderosos que el rey y el Parlamento juntos.)

Mamu nos enseñaba historia de Inglaterra mediante un gran

libro ilustrado que se titulaba *La historia de nuestra isla* y tenía una bella imagen de la reina Victoria en el frontispicio. «Mirad, Inglaterra y todas las posesiones de nuestro Imperio son de un precioso tono rosa en el mapa —explicaba—. Alemania es de un marrón asqueroso y horripilante.» Las ilustraciones, el texto y los comentarios de Mamu creaban toda una serie de vívidas escenas: la reina Boadicea cabalgando valientemente a la cabeza de su ejército... los pobrecitos príncipes en la Torre... Carlomagno, que según el abuelo era antepasado nuestro... el odioso e insulso Cromwell... Carlos I, el rey mártir... los heroicos fundadores del Imperio aplastando valientemente a las hordas de negros africanos para gloria de Inglaterra... los malvados indios del Agujero Negro de Calcuta... los americanos, a quienes se había expulsado del Imperio por causar problemas y que ya no tenían derecho al precioso tono rosa en el mapa... los asquerosos alemanes, que habían matado al tío Clem en la guerra... los bolcheviques rusos, que mataron a sangre fría a los perros del zar (y, de hecho, al pequeño zarévich y a sus hermanas, pero su suerte no acababa de ser tan triste como la de los pobres perros inocentes)... los buenos eran buenísimos y los malos, malísimos; la historia tal como la explicaba Mamu me resultaba en general muy clara.

Con el método docente que Mamu había inventado, se ahorrraba la necesidad de examinarnos. Nos limitábamos a leer el pasaje que había que aprender, y luego cerrábamos el libro y relatábamos la parte del texto que hubiésemos conseguido memorizar.

—Siempre me ha parecido que a las niñas les basta con recordar la parte que les parezca importante —explicaba con vaguedad.

A veces la cosa no funcionaba muy bien.

—A ver, mi pequeña D. Te he leído un capítulo entero. Dime qué recuerdas.

—Me temo que no recuerdo nada.

—Venga ya, mi pequeña D., ¿no eres capaz de recordar una sola palabra?

—Muy bien, pues «La».

¡Qué frase tan fatídica la mía! Durante años, después de aquello, mis hermanas y mis primos me tomarían el pelo coreando «Muy bien, pues “La”» hasta hacerme llorar.

A los nueve años di el salto al aula de Swinbrook. Espaciosa y aireada, con ventanas en saledizo, una pequeña chimenea de carbón y muebles con tapizado de cretona, estaba en el segundo piso, junto al dormitorio de la institutriz. Quedaba separada de las habitaciones de invitados y de las dependencias de mis padres por una puerta revestida de tapete verde. Pasábamos allí la mayor parte del tiempo. Solíamos bajar a comer, y a veces a cenar, con los adultos, excepto cuando había invitados, en cuyo caso nos subían la comida, de la que dábamos cuenta en la nada fascinante compañía de la institutriz mientras nos preguntábamos qué cosas deliciosas comerían abajo.

Unity —el resto de la familia la llamaba Bubu, pero para mí era *Gorgojo* o *Gorgo*— era la única aparte de mí que tenía edad para estudiar en el aula; Debo solo tenía seis años, y cuando no estaba en el cuarto de los niños bajo la jurisdicción de la niñera aún iba a las clases de Mamu. Hacía mucho que Nancy y Pam eran adultas, Tom se había marchado a vivir una temporadita en el extranjero, y Diana estaba en París, en un movido paréntesis entre la etapa escolar y su primera temporada social en Londres.

Gorgo era una niña enorme para sus doce años, una giganta. Me recordaba a las «jovencitas» de los libros victorianos para niños. «Ay, pobrecita Gorgo, qué grandota es», se quejaba Mamu cuando, dos veces al año, llegaban las cajas de prendas infantiles de Londres que nos enviaban de Daniel Neal para que nos las probáramos; invariablemente, en el caso de Gorgo, había que devolverlas y pedir una talla mayor. Nancy le había puesto el categórico apodo de Horrenda, pero la verdad es que Gorgo no era horrenda en absoluto. Los enormes y algo torvos

ojos azules, los miembros grandes y torpes, el pelo pajizo y totalmente liso, que llevaba a veces en pulcras coletas pero casi siempre suelto, la hacían parecer una vikinga un poco desastzada o una suerte de Little John. Les amargaba la vida a las institutrices: como eran poquísimas las que aguantaban mucho tiempo su insufrible conducta, ninguna nos duraba. Iban y venían en apabullante sucesión, y cada sustitución traía consigo una nueva interpretación del conjunto del saber humano.

La señorita Whitey nos enseñó a repetir: «A al cuadrado menos B al cuadrado es igual a A al cuadrado más B al cuadrado menos dos veces A por B», pero no se quedó el tiempo suficiente para explicarnos por qué. Gorgo descubrió que le daban pánico las serpientes, y una mañana dejó a *Enid*, su culebra, pulcramente enroscada en la cadena del retrete. Aguardamos sin aliento el resultado, que no tardó en llegar: la señorita Whitey entró y cerró la puerta con el pestillo, y al poco se oyó un chillido ensordecedor seguido por un golpetazo. Al final se consiguió liberar a la mujer inconsciente con ayuda de una palanca; Gorgo recibió una buena reprimenda seguida de instrucciones de no volver a sacar a *Enid* de su caja. La sustituta de la señorita Whitey fue la señorita Broadmoor, quien nos enseñó a decir «*mensa, mensa, mensam*» de cabo a rabo. Nancy, por aquel entonces ya obsesionada por las diferencias en la forma de hablar de la clase alta y la clase media, compuso un hiriente poemita que ilustraba el supuesto «refinamiento» del lenguaje de la señorita Broadmoor con despiadado ingenio. No podíamos resistirnos a recitarlo todas las mañanas cuando se acercaba la hora de las clases. Con la marcha de la señorita Broadmoor se acabaron las clases de latín. La señorita McMurray cultivaba judías en pedacitos de franela mojada y nos enseñaba los nombres de las distintas partes del fruto que brotaba: gémula, radícula, embrión.

No tardó en sustituirla la señorita Bunting, cuya principal contribución a nuestra educación fue enseñarnos los rudimentos del robo en las tiendas. La señorita Bunting era una mujercita

rechoncha y encantadora que no paraba de soltar risitas. Tenía un cuerpo como un botijo y una manera despreocupada y poco ortodoxa de ver la vida que nos resultaba muy atractiva. Gorgo le sacaba varios palmos, y a veces la levantaba para dejarla luego soltando chillidos sobre el piano del aula.

De vez en cuando hacíamos expediciones a Oxford. «¿Os gustaría probar a birlar un poquito, niñas?», sugirió la señorita en cierta ocasión. Los principales métodos eran dos. El método de la bolsa de la compra, en el que se necesitaba un cómplice, se utilizaba para objetos grandes; el cómplice se ocupaba de distraer a la dependienta mientras el ladrón, o «birlador» en la jerga de la señorita Bunting, llenaba la bolsa de libros, ropa interior o cajas de bombones, según los artículos que se vendieran en la tienda en cuestión. El otro método, el del pañuelo que se dejaba caer, funcionaba bien con barras de carmín o pequeñas alhajas. La señorita Bunting, con su abrigo *beige* de institutriz y guantes, y Gorgo y yo, con idénticos sombreritos de paja, desfilábamos entonces ante los deferentes dependientes para ponernos a salvo en el salón de té Fuller's, donde hacíamos alegre inventario del botín de la jornada ante humeantes tazas de chocolate.

La señorita Bunting se tomaba las clases con muchísima tranquilidad. Solo cuando se oían las inconfundibles pisadas de mi madre acercándose al aula nos indicaba que nos pusiéramos a trabajar en serio. No sabía nada de álgebra, latín o las partes de una judía, y le importaban un pimiento, y huelga decir que nos caía mucho mejor que cualquiera de sus predecesoras. Hicimos cuanto pudimos por hacer que la vida fuera tolerablemente atractiva para ella, con el resultado de que se quedó varios años con nosotros.